

Ya veía claro en el desorden de su espíritu, ya discernía las intenciones verdaderamente inesperadas que de pronto surgían en él sin permiso de su voluntad y sin que pudiese comprender el secreto motivo de ellas.

Bajó el gran cristal de la ventanilla y se asomó a la doble línea de los rieles. Nadie. Ninguna luz.

Y saltó.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

III

UN BESO EN LA SOMBRA

LA estación de Beaucourt se hallaba en un descampado, lejos de toda población o morada. Una carretera perpendicular al camino de hierro la une con Beaucourt y Romillaud, donde se encuentra el puesto de gendarmes, y con Auxerre, de donde eran esperados los magistrados. Es cortada en línea recta por la carretera nacional, paralela al ferrocarril y distanciada de él medio kilómetro.

Sobre el andén habían reunido toda clase de iluminación disponible—lámparas, bujías, linternas, faroles—, lo cual obligó a Raúl a tomar infinitas precauciones para avanzar. El jefe de estación, un empleado y un obrero conversaban con el gendarme de vigilancia, cuya elevada talla se erguía ante la puerta abierta de par en par de un cuarto lleno de paquetes que estaba destinado al servicio de mercancías.

En la semioscuridad de aquel cuarto había montones de cestos y cajas, así como gran va-

30410

riedad de otros bultos. Raúl, acercándose, creyó ver, sentada sobre objetos informes, una curva silueta que no se movía.

—Probablemente será ella, la señorita de los ojos verdes—pensó—. Cerrando con llave por allá, habrán convertido esto en prisión, ya que los carceleros están en la única salida posible.

La situación le pareció favorable, siempre que no diera con obstáculos que pudiesen estorbarle. Marescal y el brigadier, por ejemplo, podían venir antes de lo supuesto. Por tanto, dió, corriendo, una vuelta para llegar a la fachada posterior de la estación. No encontró un alma. Era más de media noche. Como ya no habían de llegar trenes, sólo quedaba el grupito que charlaba en el andén.

Entró en la sala de facturación. Una puerta a la izquierda, un vestíbulo con una escalera y, a la derecha del vestíbulo, otra puerta. Ésta, a juzgar por la disposición del lugar, debía ser la interesante.

Raúl no era hombre para quien una cerradura constituyese obstáculo considerable. Siempre llevaba encima cuatro o cinco clases de instrumentos con los cuales abría las puertas más recalcitrantes. La de ahora cedió al primer intento. Habiéndola entreabierto ligeramente, vió que no la hería ningún rayo de luz. La empujó, pues, y entró, agachándose. La gente de fuera no había podido verle ni oírle y menos la prisionera, cuyos sordos sollozos rimaban con el silencio de la estancia.

El obrero relataba la persecución a través del bosque. Fué él quien en un matorral, a la

luz de un farol, levantó «la pieza». El otro perillán—como él decía—era delgado, alto y corredor como una liebre. Pero tenía que volver atrás para llevarse al pequeño. Además, reinaba tanta oscuridad que la caza no era cómoda.

—El muchacho que está ahí dentro—contó el obrero—se ha puesto a gemir en seguida. Por cierto que ¡tiene voz de mujer!... Y entre lágrimas exclamaba: «¿Dónde está el juez?... Se lo diré todo... ¡Que me lleven al juez!»

El auditorio reía. Raúl se aprovechó de ello para deslizar la cabeza entre las dos columnas de cajas. Así se encontraba tras el montón de paquetes postales en que la cautiva estaba postrada. Por cierto que debió percibir algún rumor, ya que cesaron los sollozos.

Raúl musitó:

—No tenga miedo.

Como ella callara, añadió:

—No tema... Soy un amigo...

—¿Guillermo?—preguntó ella en voz baja.

Raúl, comprendiendo que se trataba del otro fugitivo, respondió:

—No. Soy una persona que la salvará de los gendarmes.

La joven no dijo pío. Temería seguramente alguna añagaza. Pero él insistió:

—Está usted en poder de la justicia. Si no me sigue irá a la cárcel, a los tribunales...

—No—repuso ella—. El señor juez me dejará en libertad.

—¡Ca! Hay dos hombres muertos... La

blusa de usted está manchada de sangre... Venga... Un instante de vacilación puede perderla... Venga...

Tras un silencio, murmuró la joven:

—Tengo las manos atadas.

Raúl, siempre agachado, cortó las ligaduras con su navaja y preguntó:

—¿La pueden ver desde fuera?

—Únicamente el gendarme, cuando se vuelve, pero mal, porque estoy en la sombra... Los demás están muy a la izquierda...

—Perfectamente... ¡Ah!... Oiga...

Se acercaban pasos por el andén. Raúl reconoció la voz de Marescal. Entonces mandó:

—¡No haga ningún gesto!... Han llegado antes de lo que yo creía... ¿Oye?...

—¡Ay, qué miedo tengo!—murmuró la joven—. Me parece que esa voz... ¿Será posible, Dios mío?...

—Sí—aclaró Raúl—. Es la voz de Marescal, su enemigo... Pero no hay que acobardarse... Recuerde que en el bulevar se ha interpuesto alguien entre usted y él. Era yo. Y le suplico que no tema...

—Pero va a entrar...

—No es seguro...

—¿Y si entra?...

—Haga como que duerme o está desvanecida... Oculte la cabeza entre los brazos doblados... Y no se mueva...

—¿Y si intenta verme? ¿Y si me reconoce?

—No le conteste ni una sola palabra, pase lo que pase... Marescal no obrará en seguida... Lo pensará... Y entonces...

Raúl no estaba tranquilo, pues suponía que

Marescal tendría ansia de saber si se equivocaba o si el bandido era realmente una mujer. Procedería, pues, a un interrogatorio inmediato. Además, en todo caso, por si las precauciones eran insuficientes, revisaría él mismo la prisión.

Y de pronto el comisario exclamó alegremente:

—¿Conque hay novedades, señor jefe? ¡Un prisionero en su estación! ¡Y un prisionero importante! La estación de Beaucourt se hará célebre.

Y dirigiéndose al brigadier, añadió:

—El sitio me parece bien escogido, sobre todo teniendo en cuenta que no podría quizá escogerse mejor; pero, como nunca sobra la prudencia, voy a cerciorarme...

Como Raúl había previsto, no se andaba por las ramas. Iba a jugarse la espantosa partida entre aquel hombre y la joven. Bastarían algunos gestos, algunas palabras, para que la señorita de los ojos verdes se perdiera irremisiblemente.

Raúl estuvo a punto de batirse en retirada. Pero ello implicaba a renunciar a toda esperanza y a lanzar en pos de él una horda de adversarios que no le permitirían reanudar la empresa. Así es que se confió al azar.

Marescal penetró en el cuarto sin dejar de hablar con la gente de fuera y de modo que los ocultaba la forma inmóvil que deseaba contemplar a solas. Raúl quedaba aparte y suficientemente protegido por las cajas para que Marescal no le viese aún.

El comisario se detuvo y dijo en voz alta:

—Se duerme, ¿eh?... ¡Compañero! ¿No podríamos charlar un momentín?...

Sacó del bolsillo una lámpara eléctrica, cuyo botón oprimió y cuyo haz luminoso dirigió convenientemente. Al no ver más que una gorra y dos brazos apretados, separó los brazos y levantó la gorra.

—En efecto, en efecto—dijo quedamente—. Una mujer rubia... ¡Vamos, pequeña! Enséñame esa carita de rosa.

Agarróle violentamente la cabeza y le dió media vuelta. Lo que vió era tan extraordinario, que no creía la inverosímil verdad.

—No, no, no puede ser—murmuró.

Miró la puerta de entrada, pues no quería que ninguno de los otros le viese. A continuación arrancó febrilmente la gorra. Y apareció el rostro, iluminado de lleno, sin reservas.

—¡Ella! ¡Ella!—murmuró—. ¿Estoy loco?... ¡No puede ser eso!... ¿Ella aquí? ¿Ella una asesina?... ¿Ella?...

Se inclinó más. La cautiva casi no respiraba. Su pálida cara no tenía un estremecimiento. Y Marescal le espetaba con voz de angustia:

—¿Usted?... Pero, ¿qué desquiciamiento es éste?... Usted ha matado y los gendarmes la han cogido, ¿no?... ¿Por eso está aquí?... ¿Es posible?...

Marescal calló al ver que la joven parecía dormir. ¿Dormirá en realidad? De todos modos, le dijo:

—Bueno. No se mueva... Voy a alejar a esos... Volveré dentro de una hora... Ya hablaremos... Hay que huir, pequeña...

¿Qué pretendía? ¿Querría proponerle al-

gún pacto abominable? Raúl adivinó que en el fondo no tendría una idea decidida. El acontecimiento le cogía desprevenido. Y se preguntaría qué beneficios podía sacarle.

Volvió a colocar la gorra en la rubia cabeza, no sin recoger los rizos. Luego, entreabriendo la blusa, registró los bolsillos del vestido, en los que nada encontró. Se irguió entonces. Y tan emocionado estaba que ni tan sólo pensó en examinar el cuarto y la puerta.

—¡Pobre muchacho!—mascullaba, dirigiéndose hacia el grupo del andén—. Seguramente aun no tiene veinte años... Será un pillete maleado por el cómplice...

Y continuó hablando, pero de una manera distraída, porque necesitaba reflexionar en otra cosa.

—Creo—dijo—que mi investigación preliminar no dejará de interesar, aunque modesta, a los señores del juzgado. Mientras llegan, montaré la guardia con usted—añadió dirigiéndose al sargento—. Con usted o solo... Realmente no necesito compañía, si usted quiere descansar...

Raúl se dió prisa. Cogió de los montones tres sacos atados, cuya tela parecía, poco más o menos, del mismo color que la blusa bajo la cual escondía la prisionera su disfraz de muchacho. Levantó uno de los sacos y murmuró:

—Acerque las piernas hacia mí para que pueda pasar esto por el lugar que ocupan ellas. Pero muévase lo menos posible ¿eh?... Luego eche hacia mí el busto y la cabeza.

Le cogió una mano, que estaba helada, y

repitió las instrucciones, porque la joven continuaba inerte.

—¡Obedezca, por lo que más quiera! Marescal es capaz de todo... Como usted le ha humillado, se vengará de una manera o de otra, ya que dispone de usted... Acerque las piernas hacia mí...

La joven empleó movimientos leves, inmóviles (si pudiera decirse), que la cambiaban de lugar casi insensiblemente. Así es que necesitó al menos tres o cuatro minutos. Acabada la maniobra, había ante ella y un poco más alto que ella un bulto gris y acurrucado, de parecidos contornos, que daba suficientemente la ilusión de su presencia para que el gendarme y Marescal, al lanzar una mirada, pudiesen creerla todavía allí.

—Vamos—dijo—. Aprovechemos que se han vuelto y que hablan un poco fuerte. Deslícese...

La recibió en sus brazos, la mantuvo curvada y la sacó por la puerta entreabierta. Ya en el vestíbulo, pudo incorporarse. Raúl cerró. Y atravesaron la sala de los equipajes. Pero apenas llegados a la explanada que precedía a la estación, la chica desfalleció y cayó de rodillas.

—No podré—gemía—. No podré...

Sin el menor esfuerzo se la echó al hombro y se puso a correr hacia las masas de árboles que denotaban el camino de Romillaud y de Auxerre. Experimentaba una profunda emoción ante la idea de que tenía cogida la presa, de que la asesina de miss Bakefield no podía escaparle, de que su acción sustituía a la de la sociedad. ¿Qué haría? Poco importaba. En

aquel momento estaba convencido—o al menos se figuraba estar convencido—de que le guiaba una gran sed de justicia y de que el castigo tomaría la forma que le dictasen las circunstancias.

Doscientos pasos más lejos se detuvo, no por cansancio, sino porque prestaba oídos e interrogaba el majestuoso silencio, apenas turbado por rumoreo de hojas y el paso furtivo de los animales nocturnos.

—¿Qué sucede?—preguntó, angustiada, la joven.

—Nada... Nada inquietante... Al contrario... El trote de un caballo, muy lejano... Es lo que yo quería... Y me alegro... Representa la salvación de usted...

Se la quitó del hombro y la tendió sobre sus brazos, como una niña. Así recorrió velozmente tres o cuatrocientos metros, lo que les llevó al cruce con la carretera nacional, cuya blancura aparecía bajo la fronda oscura de los árboles. Como la hierba estaba húmeda, Raúl, sentándose en el talud, dijo a la joven:

—Tiéndase sobre mis rodillas. Y procure comprenderme bien. Ese coche que se oye es el de un médico que han llamado. Yo me embarazaré de ese buen señor atándole bonitamente a un árbol. Entonces subiremos al coche y viajaremos toda la noche hasta una estación cualquiera de otra línea.

Como la joven no respondía, temió que no le oyese. Su mano ardía. Pero en una especie de delirio, balbuceó:

—No he matado a nadie... No he matado.

4 La señorita de los ojos verdes.

—Calle—atajó Raúl bruscamente—. Ya hablaremos más tarde de eso.

Callaron ambos. La inmensa paz del campo dormido brindaba a su alrededor espacios de silencio y seguridad. Únicamente de vez en cuando se destacaba de las tinieblas el trote de los caballos. Dos o tres veces, a una distancia incierta, se vieron los faroles del coche, que relucían como ojos desenchajados. Ningún grito, ninguna amenaza por la parte de la estación.

Raúl pensaba en lo extraño de la situación y, prescindiendo de la enigmática asesina, cuyo corazón latía tan fuertemente que él notaba el ritmo desenfrenado, evocó a la parisiense dichosa y sin aparentes preocupaciones entrevista ocho o nueve horas antes. Las dos imágenes, a pesar de ser tan diferentes, se confundían en él. El recuerdo de la visión resplandeciente atenuaba su odio contra la que había matado a la inglesa. Pero, ¿le tenía odio? Aferrándose a la palabra, pensaba duramente:

—La odio... Diga lo que quiera, ha matado... La inglesa ha muerto por culpa de ella y de sus cómplices... La odio... ¡Miss Bakefield será vengada!

Sin embargo, no decía nada de todo aquello. Al contrario, se daba cuenta de que su boca pronunciaba palabras amables.

—La desgracia se abate sobre las personas cuando menos lo piensan, ¿verdad?... Se vive felizmente... Y pasa el crimen... Pero todo se arregla... Confíe en mí, que todo se allanará...

Raúl tenía la impresión de que una gran

calma penetraba poco a poco en la joven, que ya no era presa de los febriles movimientos que la sacudían de los pies a la cabeza. Disminuían las pesadillas, las angustias, los espantos, todo el mundo asqueroso de la noche y de la muerte.

Y Raúl gustaba intensamente la manifestación de su influencia y de su poder, en cierto modo magníficos, sobre ciertos seres a los que las circunstancias habían desorbitado y a los cuales devolvía el equilibrio y hacía olvidar un instante la horrenda realidad.

También él, por cierto, se desentendía del drama. La inglesa difunta se desvanecía en su memoria. Y no era la mujer de la blusa manchada de sangre la que tenía contra sí, sino la elegante y radiosa mujer de París. Ciertamente se decía: «La castigaré. Sufrirá.» Pero sentía el fresco aliento que se exhalaba de los próximos labios.

Los ojos de los faroles se agrandaban. El médico llegaría dentro de ocho o diez minutos.

—Entonces—se dijo Raúl—tendré que separarme de ella y obrar... Y esto habrá terminado... No volveré a encontrar entre ella y yo un instante como éste, un instante que tenga tanta intimidad...

Se inclinó más. Entrevió que conservaba los párpados cerrados y que se abandonaba a su protección. Todo marcha bien, pensaría ella. El peligro se alejaba.

De pronto se inclinó y la besó los labios.

La joven intentó levemente resistir; pero suspiró y no dijo nada. Raúl recibió la impresión de que aceptaba la caricia y que, a